

BRETON: BALANCE AL FINAL DEL CAMINO

Entrevista con Guy Dumur

ANDRÉ BRETON

Traducción de Aurelio Asiain



GUY DUMUR: Muchas manifestaciones recientes dan prueba de que el movimiento surrealista está más vivo que nunca en la memoria de todos: exposiciones, reediciones de los Manifiestos, carestía de las viejas ediciones surrealistas (libros y revistas —para no hablar, por supuesto, de los cuadros). Como, por otro lado, la utilización de ciertos “hallazgos” surrealistas es casi general, ¿piensa usted que se trata, entre los objetivos antiguos y actuales del surrealismo y el público, de un malentendido?

ANDRÉ BRETON: Cierto, el surrealismo ha provocado un interés creciente en los últimos años y su público se ha extendido. Varias razones contribuyen a ello: mencionemos, en el terreno de lo práctico, la publicación de ciertas obras básicas en ediciones de bolsillo que las ponen por fin al alcance de los jóvenes, sus verdaderos destinatarios. Muchos de ellos expresan hoy su adhesión apasionada y es incluso su número demasiado grande, como su dispersión, lo que nos impide orientarlos como lo necesitarían en función de los recursos espirituales de cada cual. Por su parte, esto no lo comprenden siempre bien y puede causar una decepción, pero el surrealismo nunca fue llevado a organizarse como un partido ni como una “religión”, ni siquiera en la extensión saint-simoniana del término.

Entre las causas más profundas del resurgimiento del interés por el surrealismo, creo que hay que tomar en cuenta la considerable sed afectiva que se sufre en nuestros días. Sea cual haya sido su amplitud, el existencialismo ha tendido sobre todo a la reconstitución de la persona “cívica”, que los acontecimientos en el curso de la última guerra y en torno a ella habían dejado en un estado lamentable. Por su parte, los movimientos poéticos y artísticos que aspiraron a tomar el relevo del surrealismo me parece que han tenido, en comparación, objetivos muy limitados. No se percibe en ellos la necesidad de hacerse cargo de todo lo que hay de esclerosado y de frustrante en el mundo, y ello en todos los planos, a falta de lo cual la hidra crecerá de nuevo siempre. Es la aparente desmesura de ese proyecto lo que, para el surrealismo, es garantía de su duración y asegura, de etapa en etapa, su renovación.

Cierto: esto no ha ocurrido sin sobresaltos pero, ya sea a partir de 1924 y de la “oficina de investigaciones”, de 1930 y del *Surrealismo al servicio de la Revolución*, de 1933 y de *Minotaure*, de 1941 y de *Triple V* en Estados Unidos o de 1946 en París hasta hoy, basta remitirse al índice de las revistas y a las firmas de los libelos para comprobar que no han cesado de ofrecerse nuevos participantes, a cambio de los que han llegado a faltar. La efervescencia se ha mantenido todo el tiempo y sólo la pereza de la opinión, siempre retrasada al menos un cuarto de siglo, la dispone a no homologar sino al comienzo, es decir más que sumariamente, la actividad surrealista. En realidad, esta no ha cesado nunca de fortalecerse en la exigencia de un *más lejos* que, sobre su mismo impulso, se extenderá sin perder nada de su vigor después de nosotros.

¿Quién nos hubiera dicho, hace cuarenta años, que la Universidad llegaría, por su parte, a considerar tan de cerca y, sobre todo, con tanto miramiento al surrealismo? Eso ocurre por lo menos en el extranjero. Una de nuestras amigas, Anna Balakian, norteamericana autora de múltiples conferencias, siempre muy pertinentes, sobre nuestra actividad, me decía hace unos días que un tercio de los profesores jóvenes que concursan para una cátedra de francés en Yale o Harvard, y cuyas candidaturas le correspondía evaluar, pensaban incluir al surrealismo en sus cursos. Estuvimos de acuerdo en que era demasiado... Pero aquí hay un catálogo de una exposición montada en Hluboka, en Checoslovaquia: dice que “en una de las tendencias más importantes del arte checo moderno, el papel dirigente fue desempeñado por la actividad surrealista”. Del mismo país proviene un número de la revista *Slovenski pohledi* consagrada al surrealismo, más reciente aun, que termina con un diccionario perfectamente al día. Otra cosa: aquí hay una carta que acaba de llegarme de Budapest, ciudad que tiene un nombre neurálgico si los hay: da por inminente la publicación en lengua húngara del *Manifiesto del surrealismo*. Quiere decir que, más allá del antagonismo estructural entre los dos “bloques”, de un lado y de otro, el surrealismo salta la barrera. No es poca cosa.

G.D.: Más precisamente, ¿ve usted una prolonga-

ción del surrealismo en ciertos aspectos de la revuelta —ética o estética— actual: los beatniks, el pop art, el nouveau roman, los happenings, la música serial, etc.?

A.B.: Por definición el surrealismo no podría inscribirse, sea cual fuere la forma que tomara, contra ninguna nueva expresión de la revuelta. Pero hay que saber si en lo que usted enumera es siempre precisamente de ella de lo que se trata. Tomemos por ejemplo el pop art; indiscutiblemente se ocupa de los aspectos más aberrantes, más nocivos de la civilización industrial, pero no la denuncia explícitamente, lo que nos empuja a creer que se acomoda y, luego, a admitir que participa de ella. Semejante posición representa una regresión notable respecto de la que nosotros hemos mantenido siempre. Por sus mismos constituyentes poéticos, al surrealismo le repugna todo lo que, en la obra plástica, puede apelar a los desechos y residuos. En el primer número del *Nouvel Observateur*, Jean-Paul Sartre dijo excelentemente lo que hay que pensar del fenómeno "ye-ye". El "happening", progenitura de *Hellzapoppin*, me parece rozar uno de los peores escollos, el de la promiscuidad sexual. Por lo demás, ya demasiado he dado cuenta de mi poco apetito ante las obras de ficción para que se espere de mí un juicio plenamente enterado sobre el "nouveau roman". Dicho eso, nada me impedirá interesarme por lo que firman Rauschemberg o Télémaque o Jouffroy, a pesar de nuestras diferencias, como por Robbe-Grillet, Sollers o Butor.

G.D.: ¿A estos aspectos "exotéricos" del surrealismo o de sus avatares intenta usted oponer una actitud "esotérica", como la que resurgiría, por ejemplo, de su texto para la exposición Silberman: *A este precio*?

A.B.: Está lejos la época en que pedí "la ocultación profunda, real del surrealismo", y quizá parezca que fue un deseo enteramente platónico. En su nuevo y tercer prefacio al *Misterio de las catedrales* de Fulcanelli, que acaba de reeditarse, Eugène Canseliet, hablando en nombre de la alquimia, a la que tanto ha hecho por devolver su dignidad, reprobó las tendencias llamadas "progresivas" que han estado a punto de prevalecer en el seno del reciente "concilio ecuménico". Ve en éste la abdicación más culpable y lo responsabiliza por "la racionante vanidad y el desprecio profundo de las leyes misteriosas". Semejante discusión estaría completamente fuera de nuestro campo de interés si la poesía y el arte no fueran ellos mismos objeto de presiones tendientes, unas, a hacer de la "claridad" uno de sus deberes primordiales, las otras a comprometerlos en la vía de la poesía y el arte llamados "de circunstancias", en los que sabemos que se desencarnarán, habiendo sido muy rápidamente pasto de la propaganda política.

La poesía propiamente dicha, lo mismo que la que en nuestros días irriga como nunca las artes plásticas, debe a todo precio hacer respetar su sentido original, etimológico. En todas las épocas, en todas las latitudes,

es ella la que ha guiado la red sensitiva del hombre y no podría renunciar a ninguna de sus prerrogativas sin traicionar precisamente al hombre. De una vez por todas, Rimbaud liberó pero por lo mismo acrecentó la responsabilidad del poeta: "Si lo que restituye del *más allá* tiene forma, da forma; si es informe, da lo informe". Que en esta frase él haya subrayado las palabras "más allá" muestra bien que es en ellas donde todo reside. Todo es, en presencia de una obra, calcular hasta qué profundidad de ese *más allá* habrá podido llegar su autor (con lo que se enviaría a su casa a muchos supuestos poetas y artistas que, es evidente, no han franqueado nunca su umbral). Por nuestra parte, es sobre todo esa convicción fundamental lo que autoriza a hablar de una actitud esotérica del surrealismo.

G.D.: A propósito de ese texto, *A ce prix*, ¿no podría precisar su pensamiento? Sobre todo en lo que tiene que ver con una metafísica posible, la educación sexual y el amor, la libertad política.

A.B.: La metafísica, en cuanto esfuerzo de elucidación de las causas primeras y de los primeros principios, no tiene hoy nada de floreciente. No logró nunca desembarazarse de esa grave traba que Clément Rosset, en la Introducción a la reedición reciente de los *Diálogos* de Hume, hizo consistir en esto: "De las cuatro hipótesis de un dios bueno, maligno, bueno y maligno, ni bueno ni maligno, es la última la más plausible". En el texto que escribí para la exposición Silberman, me limité a sostener que el mecanicismo analógico en el hombre —que hubiera a fin de cuentas desembocado en la presunción de construirse un dios a su semejanza, creando así una relación que no ha sido sino demasiado fácil invertir— es un mecanismo que le es inherente y le ofrece en su fuero interno su única oportunidad de orientarse, incluso de progresar.

En ese mismo breve texto, no tengo conciencia de poder influir en la solución de un problema que se plantea con urgencia a nuestra época: el de la educación sexual. Sin duda ha sido y sigue siendo desconcertante, en conjunto, la impreparación de un sexo y de otro para el acercamiento físico (si hablo de acercamiento físico es por desconfianza hacia el vocabulario corriente que aplica las palabras "acto de amor" a lo que con demasiada frecuencia no tiene nada que ver con el amor).

La fisiología sexual presenta tales incertidumbres que no sé qué médico especialista, profesor renombrado en la época de mi juventud, era formal al respecto: si un alumno le hubiera presentado como de su invención, en más o menos buen funcionamiento y, sobre todo, viable el conjunto constituido por el aparato genital del hombre y el de la mujer, él lo habría despiadadamente rehusado.

En todo caso, que el empirismo prácticamente total que reina en ese terreno es generador de errores, de du-

das, de fantasmas y de angustias, al abrigo de los cuales ni siquiera siempre el amor mismo resulta dignificado. Con ayuda del psicoanálisis, ha habido la tentación de remediarlo con la educación sexual, pero los testimonios coinciden para establecer que donde ésta ha sido practicada, una gran decoloración y un retroceso muy notorio del gusto de vivir han sido las consecuencias. Es que, sin duda por la prisa de terminar, se ha arrancado el velo y así profanado, a falta de las precauciones requeridas, el lugar mismo donde se tejen los sueños. Aquí lo mejor sigue siendo volver al principio esotérico que quiere que todo lo que es revelado sea también, de alguna otra manera, re-velado. Ese re-velamiento me parece que sólo la poesía puede pagarlo.

Desde ese punto de vista he creído que a la educación sexual, bajo el aspecto abrupto que reviste, había que oponer una iniciación cuyas modalidades, por supuesto, están por definirse. No podrían desprenderse más que de la deliberación en común de sexualistas, médicos, psicólogos, educadores... y poetas.

Al mismo tiempo que comprometiéndose —se impone— en la lucha contra la ignorancia, la confusión, que en ese terreno le hacen el juego a la más abyecta hipocresía, hay que velar porque nada sea cortado de lo que hecha raíces en lo más profundo del corazón del hombre. Si la atracción pide ser iluminada por sí misma, la selección pide ejercer más que nunca en función de las afinidades electivas. En ese sentido puede hablar de busca, en el sentido medieval. Nada hará nunca que el amor, en su concepción más alta, deje de ser un misterio —el más grande misterio de la vida— y que cese de exigir ser celebrado como un misterio.

G.D.: ¿Cuál es su posición respecto a la izquierda actual que se busca? ¿Cómo y a qué precio puede encontrarse?

A.B.: Si la izquierda política está hoy en tan mal estado, no dudo en pensar, por mi parte, que se resiente ante todo de la vergonzosa tolerancia que muchos han mostrado hacia los peores crímenes del régimen stalinista. ¿Se objetará que los tiempos han cambiado? El reciente proceso al joven poeta Brodsky bastaría para mostrar cuánto sigue importando en la URSS la libertad de creación. La enfermedad, hay que decir que extrema, está esencialmente en esto: más allá de las fronteras a las que ha logrado extender su imperio, es decir fuera de las vastas regiones que controla y donde cubre la libre expresión con su manto, el llamado partido comunista, por sus modos de reclutamiento y su organización perfectamente probados, polariza sin esfuerzo el descontento de la clase oprimida y, en un nivel estrictamente limitado, es el más apto, si no el único, para alcanzar sus reivindicaciones. Añadiría que esos famosos días "que conmovieron al mundo" conservan gran poder sobre las promociones sucesivas de jóvenes que no ven demasiado lo que sigue y, en esa llama —como también, ay, en

ese retorno de llama— se queman las alas como nos las quemamos nosotros. El problema de la izquierda es saber si debe incluir o no a los actuales "comunistas". No tendría la presunción de resolverlo.

Como sea, me parece que aquí —en este país, en particular—, si la situación hubiera empeorado considerablemente, la izquierda sería llamada a renacer de sus cenizas. Así lo pensaba hace unas semanas, al ver dos programas de televisión muy hermosos que pasaron con el título de *El Terror y la Virtud*. No creo que ni siquiera una película como *El acorazado Potemkin* deje a sus espectadores más estremecidos. Calculaba el número de espíritus jóvenes en los que dejaría huella y me persuadía de que no todo estaba perdido. Los nombres de Robespierre y de Saint-Just, lo mismo que el de Fourier, el de Flora Tristan que los de Delescluze y Rigault, incluso si un rumor de rebafios los cubre por ahora, no han dejado de resonar sobre los adoquines de París.

G.D.: En cuanto le concierne a usted y su grupo, ¿cómo prevé la continuidad de la actividad surrealista? ¿Podría decirnos lo que será la exposición que prepara para la próxima primavera?

A.B.: Todos saben desde la antigüedad que el movimiento se demuestra andando. Hace mucho que el surrealismo rebasó no sólo la fase intuitiva sino también la fase razonante que yo le asignaba hace treinta años, pasados los cuales ha sido llamado a estructurarse. La obra de Jean-Louis Bédouin: *Veinte años de surrealismo*, proporciona todas las referencias deseables sobre lo que fue su trayectoria desde entonces y deja augurar bastante sobre su desarrollo ulterior.

Si la exposición surrealista en la galería de l'Œil, en principio anunciada para fines de este año, se movió a la próxima primavera, es porque esa estación es obligada para una exposición que se anuncia con el título "Advenimiento de la mujer". No hace falta decir que evitará repetir inútilmente la exposición surrealista de 1959-1960 en la galería Daniel Cordier que tenía por tema "El erotismo". En esa ocasión tuvimos mucho cuidado en sustraer al erotismo de lo picante y, aunque no logró quedar del todo claro, en resguardarlo de toda ingerencia del orden deportivo, al que Jarry puso en su sitio genialmente en *Le Surrâle*. Digamos, sin desflorar más nuestro proyecto, que se empeñará en la exaltación y en la celebración de la mujer, tal como se esbozan en el ciclo artúrico y el amor provenzal y toman vuelo en el romanticismo alemán para llevar lo más lejos posible su reconocimiento, digamos en la obra de Lotus de Paini *La Magie et le Mystère de la femme* y en *Le Noyau de la comète*, introducción de Benjamin Péret a su *Antología del amor sublime*. Por supuesto que el acento no dejará de estar puesto en la calidad plástica de las obras presentadas, pero su selección responderá por nuestra parte a una doble exigencia. ■

1964